

EL CATEQUISTA

Revista semanal

APROBADA Y BENDECIDA

POR EL

Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo

DE LA DIÓCESIS

«Evangelizare pauperibus misit me».

«Me envió el Señor á evangelizar á los pobres».

LUC., c. 4, v. 18.

Año I.

Sábado 19 Mayo 1906.

Núm. 20.

Catequística.

(Continuación).

Respecto de las profecías, que es el segundo punto de la proposición anterior, probaremos lo que en ella afirmamos, y es esto:

Jesucristo enunció verdaderas profecías, algunas de las cuales han tenido exacto cumplimiento, y otras lo están teniendo.

Imposible nos es enumerar todas las profecías de Jesús que han tenido ya su exactísimo, y casi todas deplorable cumplimiento. He aquí algunas de las que vienen en tropel á nuestra memoria.

Profetizó Jesús respecto de sus discípulos: la traición de Judas, la negación de San Pedro, la dispersión en los momentos de la pasión y el abandono en que le habían de dejar; predijo que le verían después de resucitado, y que habían de sufrir persecuciones y la muerte por amor de Él.

En orden á sí mismo, predijo Jesús los sucesos de la entrada en Jerusalén, los de la celebración de la Pascua, los de su persecución y los de su pasión y muerte, y predijo, por último, su Resurrección y su Ascensión á los cielos.

Respecto de Jerusalén, predijo su asedio y destrucción en tiempo determinado, y predijo la destrucción del templo, en el que no había de quedar piedra sobre piedra. También profetizó la dispersión del pueblo judío hasta lo último de los tiempos, en que se habrán de convertir.

Y por último, respecto de la Iglesia católica, predijo la venida del Espíritu Santo; predijo la conversión del mundo pagano por la predicación de los Apóstoles; predijo los grandes milagros que

éstos habían de realizar; predijo las persecuciones de la Iglesia, su indefectible duración hasta el fin del mundo, su maravillosa fecundidad y su pujante vida.

Pues bien, la historia es testigo de que todas ellas se han cumplido con todos sus detalles; las unas de lleno en el tiempo señalado, y las otras, que eran para indeterminado tiempo, se vienen cumpliendo hasta el momento presente. ¿Habrá necesidad de pruebas del cumplimiento de todas ellas? Pues habría que reproducir la historia completa del cristianismo, y aun de la humanidad entera. ¿Quién ignora que Judas le vendió, que le negó San Pedro, que los judíos le crucificaron, que resucitó al día tercero y subió á los cuarenta á los cielos; que vino el Espíritu Santo, que los Apóstoles fueron martirizados; que fué destruída la ciudad y el templo de Jerusalén en tiempos de Tito y Vespasiano; que Juliano, el renegado apóstata, quiso reedificarlo y lo destruyó el fuego vomitado por la tierra; que la fe se ha propagado y los gentiles se han convertido; que la Iglesia ha sido perseguida, pero que, á semejanza de la de las águilas, se renueva su juventud y su lozanía con el fuego de la persecución, y que vive y vivirá siempre, siempre triunfando, siempre reina, reina ayer, reina hoy, y reinará hasta el tiempo sempiterno, como su invisible cabeza Jesucristo?

Otras profecías no han tenido su cumplimiento, pero lo tendrán en el tiempo oportuno. Ya se ha dicho de algunas, como la dispersión del pueblo judío y la duración de la Iglesia, que han tenido cumplimiento en lo que lleva de vida el cristianismo, y esto es garantía de que, como lo han tenido hasta ahora, lo tendrán de igual manera en adelante. Pero otras, como la de la conversión de los judíos á la verdadera fe, no deberán tener cumplimiento sinó en lo último de los tiempos, cuando *todo Israel sea salvo*. De esas, en concreto, nada podemos decir; pero, si las ya cumplidas prueban suficientemente la divinidad del Profeta, que es Jesús, ¿no hemos de estar plenamente seguros de que se habrán de cumplir con toda exactitud las restantes? No cabe dudarlo.

Como complemento de los milagros y profecías, hemos de indicar algo maravilloso de la vida de Jesús, que, aunque no es ni milagro ni profecía en su rigurosa acepción, tiene mucho de parecido en el fondo á las profecías y á los milagros. Es esto el conocimiento de las cosas á distancia, y la penetración de los secretos más íntimos de la vida y del corazón humanos. En efecto: Jesús

dió pruebas de saber la vida y los maridos de la Samaritana, aunque jamás la había visto hasta entonces; lo mismo hizo con la Magdalena, y su intenso amor en que, después de convertida, se abrazaba. Jesús conoció la muerte de Lázaro, pues aunque sólo le dijeron que estaba enfermo, aseguró á sus discípulos que ya había muerto: Lázaro, nuestro amigo, duerme; conoció las disputas y las dudas que tenían entre sí mismos y en el secreto de su corazón sus Apóstoles en varias ocasiones, y les dió respuesta y solución adecuada; y conoció, por fin, las tramas, las calumnias y las deprabadas intenciones de los fariseos y de los príncipes de los sacerdotes, y con frecuencia respondía, no á lo que significaban las palabras, sino á las intenciones torcidas que abrigaban en secreto, cual sucedió, por modo muy notable, con los que le presentaron la mujer cogida en adulterio: «El que de vosotros esté sin pecado, les dijo Jesús, que arroje sobre ella la primera piedra». Y como todòs tenían pecados y comprendieron que Jesús lo sabía, nadie se atrevió á comenzar, y dejaron á la mujer sola, marchándose ellos avergonzados.

Por lo dicho se comprende que Jesucristo lo mismo conocía lo presente, que lo pasado, que lo futuro; lo mismo lo interno que lo externo; lo mismo lo cercano que lo distante. Lo cual tiene parte de milagroso y parte de profético. Y de ello se sigue una sólida confirmación de los milagros y profecías de Jesucristo, ó de su cualidad de Taumaturgo y de Profeta por excelencia.

Réstanos sólo hablar algo de la excelente doctrina de Jesucristo: última parte de las que pensamos ahora examinar.

No nos es permitido, dados los límites de nuestra revista, dibujar en los presentes momentos y en la medida de nuestra incapacidad, el grandioso cuadro de la doctrina de Jesús. Irémoslo delineando por partes en el curso de nuestro modesto trabajo, pues esa doctrina será el objeto de nuestras explicaciones. Pero no podemos dejar de señalar en líneas generales lo más saliente de la bella imagen de tal doctrina.

Jamás se ha visto hombre alguno, lejano de la doctrina revelada, que en sus enseñanzas, ya orales, ya escritas, no haya caído en muchos y lamentables errores. La pequeñez de la razón humana no permite al hombre, moralmente hablando, conocer la ver-

dad limpia de todo error, y menos conocer la verdad. Propio es esto de la infinita sabiduría del Ser Supremo.

Jamás tampoco se ha conocido una religión obra de los hombres, que sea, ya no digo en los misterios de la divinidad, pero ni siquiera en las relaciones que la recta razón descubre entre el Creador y su criatura, religión razonable y santa. La religión pura, inmaculada, completa, tiene que ser hija de la enseñanza de Dios.

Recórranse todos los escritos de los antiguos filósofos; léanse las teosofías y las historias geneológicas de los primitivos pueblos; examínense los códigos de su legislación y las reglas de su moral, y aparecerán al descubierto profundos y trascendentales errores, á la vez que una moral y unas leyes indignas del hombre social, y más indignas aún de la grandeza y caridad de Dios. Allí aparecen multitud de dioses con sus miserias y con sus vicios; allí aparece el envilecimiento del hombre sumergido en los placeres sensuales; allí la diferencia de castas; allí la esclavitud; allí la degradación de la mujer; allí la venganza entronizada; desconocida la caridad, santificado el odio á los enemigos; allí la ambición desmedida, el orgullo sin límites; y allí, por fin, la muerte de los ancianos y de los niños que tenían la desgracia de nacer inútiles. Tal es el fruto, en muy reducido compendio, de la razón humana desbordada.

¡Cuán diferente es la doctrina de Jesús! El nos enseña la unidad y la majestad de Dios; nos enseña la obligación de creerle, de obedecerle y de amarle. El nos enseña la igualdad bien entendida de todos los hombres, ante el trono de Dios, que es nuestro Padre celestial; nos inculca el amor á nuestros semejantes, que son nuestros hermanos, y quiere que se extienda ese amor á los mismos enemigos; El ensalza la humildad, enaltece la pobreza, sublima los dolores y el sacrificio; El manda á los señores que traten como si fueran hijos á sus esclavos; manda á los ricos que tengan compasión del pobre; manda al esposo que ame á su esposa, como si fueran una sola persona; y manda á los reyes que gobiernen con equidad á sus pueblos; y El ordena á los súbditos, á los hijos, á los siervos y á los soldados, que estén sujetos con toda humildad, y, por razón de obediencia, á sus jefes, señores, padres y reyes. El quiere que el sello de todos nuestros deberes sea el amor: pues toda la ley y los profetas se reducen á eso.

Amor de Dios sobre todo, y amor del prójimo como á sí mismo. Así será el mundo un solo corazón y una sola alma, como Jesucristo lo es con su eterno Padre, fin de toda la enseñanza de Jesús y de todo lo existente.

Por último: Jesucristo no sólo enseña todo lo bueno, de manera que nadie le puede argüir de error, más también cumple con su conducta todo lo que dice de palabra, en tal manera que nadie le puede acusar de pecado; pues no sólo no pecó, ya que, como Dios, era infinitamente Santo, sino que llevó las obras de virtud al grado más heroico que puede concebirse: á morir por sus enemigos y á pedir en la cruz perdón por ellos. Es, pues, su religión una religión de lucha y de sacrificio acá en la tierra; pero es religión de esperanza, de paz y de gozo eternos en el cielo. Porque Jesucristo resucitó y en los cielos mora desde el día de su Ascensión; y quiere ser modelo con sus obras de nuestra conducta, tanto terrena y temporal, como celestial y eterna. Quiere que le veneremos aquí, para ser con El glorificados allá.

Por eso su doctrina y su religión tienen tantos encantos y tanto atractivo para los buenos y sencillos corazones; y así se explica, en unión con la influencia de la gracia, la conversión del mundo y la valentía de los mártires, que dan á millares la vida por amor á su Jesús, cosa jamás vista fuera de la Iglesia católica.

Nos viene á la memoria con este propósito una muy curiosa anécdota: Ocurriósele á un señor, que se las echaba de sabio, inventar una religión superior al catolicismo, y á la cual dió el nombre de *Teofilantropía*. Encontró desde el principio, como era de suponer, grandísimas dificultades; y para solventarlas y pedir consejo, se presentó á Napoleón, al cual contó sus contrariedades y su consiguiente disgusto.

—¿Lo creeréis, mi General? A pesar de ser tan hermosa mi religión, nadie la quiere, no hace prosélitos.

—Amigo ciudadano, le contestó Napoleón: ¿queréis de veras hacer competencia á Jesucristo? Pues bien: haced que os crucifiquen en un viernes y procurad resucitar en el domingo siguiente. No hay otro medio.

(Continuará).



Reflexiones sobre el Evangelio.

Dominica V después de Pascua.

En el admirable discurso que tuvo Cristo Nuestro Señor con sus discípulos momentos antes de su pasión, predijoles los trabajos y persecuciones que tendrían que sufrir en esta vida; pero, no queriendo que se dejaran dominar por tan tristes presagios, prometiéndoles la asistencia del Espíritu Consolador, que es Espíritu de verdad, según vimos en la Dominica anterior, y les señaló al mismo tiempo la oración como remedio efficacísimo contra toda suerte de trabajos y miserias, según se desprende de las siguientes palabras que la Iglesia pone á nuestra consideración en el Evangelio de hoy: *En verdad, en verdad os digo que todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, os será concedido. Hasta ahora nada pedisteis en mi nombre: pedid y recibiréis, á fin de que vuestro gozo sea completo.*

Tenemos, pues, *necesidad* de orar:

1.º Porque tal es la voluntad de Dios. Él, en efecto, no sólo en el Evangelio de hoy, sino que también en otros muchos pasajes que pudiéramos aducir de las Sagradas Escrituras, nos manifiesta claramente que la oración no es sólo de consejo, sino verdadero precepto. *Velad y orad*, nos dice, *para no caer en tentación*; de modo, que si estamos obligados á no caer en tentación, ó, lo que es igual, á no cometer pecado, lo estaremos también á velar y orar. *Es preciso*, añade en otra parte, *orar siempre y no desmayar nunca*. Por esto, en la Misa y en el proemio á la oración que nos enseñó Cristo nuestro Salvador, se dice: Amonestados con *preceptos* saludables y enseñados por divina institución, nos atrevemos á decir: Padre nuestro que estás en los cielos, etc.

2.º Porque la fe nos enseña que nada podemos sin el auxilio, sin la cooperación, sin la gracia de Dios. «Sin Mí, nada podéis hacer», nos dice Jesús en el Evangelio de San Juan. Según la hermosa parábola por Él usada, Él es la vid y nosotros los sarmientos; y de la misma suerte que éstos, separados de aquélla, no pueden dar fruto alguno, y para nada sirven sino para ser quemados, así también el hombre, separado de Dios, sin el auxilio divino, resulta completamente inútil y no puede hacer absolutamente nada. Ni el más mínimo pensamiento podemos tener

nosotros sin la cooperación divina, según nos dice el Apóstol. Y esto que nos enseña la fe lo confirma también la razón, que claramente y sin ningún género de duda demuestra que el hombre depende de Dios como de su primer principio, es decir, que no podría existir si Él no le creara y sacara de la nada; y si no podemos existir sin Dios, es claro que tampoco podremos obrar sin Él. Dios, ó es una palabra sin sentido, ó debe ser causa de todo cuanto es y existe, y, por consiguiente, deberá influir, cooperar, ser causa de todas nuestras acciones.

Y pues, *si tan necesitados estamos de Dios*; si dependemos de Él absolutamente en todo lo que se refiere á la vida natural como á la sobrenatural, á la del alma como á la del cuerpo, forzoso nos será convertirnos en mendigos suyos y recurrir á la plegaria, á la oración, para alcanzar por medio de ella remedio á tanta indigencia.

Si Dios nos debiera algo, no tendríamos nosotros necesidad de pedírselo; pero como nada debe á nadie, no nos queda otro recurso que reconocer humildes nuestra miseria y vileza y pedirle se digne socorrer nuestra pobreza.

Tenemos, últimamente, *necesidad* de orar, porque, aun prescindiendo de que con la oración honrámos á Dios y ejercitamos todas las virtudes cristianas, todos hemos pecado y todos, por tanto, debemos aplacar la ira divina, provocada por nuestras faltas. Pues bien, nada hay que tanto aplaque y desarme la ira de Dios como la oración bien hecha; ella le hace tal violencia que apenas Dios puede resirtirla, y así leemos en el Exodo (capítulo XXXII, v. 10), que *orando Moisés* para que el Señor no castigara al pueblo prevaricador, le dijo Dios: «*Déjame* que se irrite mi furor contra ellos»; y es que con su oración detenía Moisés el brazo de la cólera divina.

No vale, pues, discurrir, como lo hacen algunos, diciendo: Si Dios conoce, y por cierto mejor que yo, toda mi pobreza y miseria, ¿qué necesidad tengo de manifestársela y pedirle me socorra? Ciertamente conoce todo lo que necesitamos, y por lo mismo *podría* muy bien, si quisiera, concedernos todo lo que nos hace falta, sin pedirlo ni aun pensarlo nosotros; pero no por esto es menos necesaria la oración. Porque aunque Dios *puede*, no *quiere*, sin embargo, remediar nuestra pobreza sin que se lo pidamos. Él resiste á los soberbios que no quieren reconocer su indigencia, y

da su gracia, su auxilio á los humildes que, convencidos de su poquedad y pobreza, acuden á Él como al único de quien esperan auxilio en todas sus necesidades; Él quiere ser invocado, rogado con insistencia y confianza, y quiere, sobre todo, que, alcanzadas las cosas que pedimos, testifiquemos y ensalcemos su inmenso amor hacia nosotros.

Pero para que nuestra oración sea eficaz; para que Dios nos conceda lo que en ella le pedimos, es preciso, según se nos dice en el Evangelio de hoy, que pidamos y oremos en nombre de Jesucristo. No dice Este, en absoluto, todo lo que pidieréis al Padre os será concedido, sino todo lo que pidieréis *en mi nombre*. Somos nosotros hijos de ira, concebidos en pecado é indignos, por lo mismo, de que Dios nos conceda ninguna gracia ni auxilio. Sólo Jesucristo pudo remediar tan triste situación redimiéndonos de la esclavitud del pecado; sólo El pudo lograr que Dios pasara sus ojos sobre nosotros con complacencia y sin ira; sólo El pudo convertirnos en verdaderos hijos adoptivos de Dios y herederos de su gloria, y por esto sólo, en nombre y por los méritos de Jesucristo, nos concede el Eterno Padre lo que le pedimos.

Así se explica que la Iglesia, en su liturgia, termine todas sus oraciones recordando los méritos de su divino Fundador. Por esto también y no por miras políticas, como maliciosamente insinuó la prensa liberal, vióse obligado León XIII á condenar la famosísima oración que compuso la reina Margarita cuando asesinaron á su esposo Humberto, rey de Italia. Esa oración era completamente pagana, pues se pedía en ella el eterno descanso para el alma del rey Humberto por muchos títulos, pero sin mentar, ni una vez siquiera, los méritos de nuestro adorable Salvador.

Por esto también, porque no pedimos en nombre de Jesucristo, resultan muchas veces estériles é ineficaces nuestras oraciones. Pedir en nombre de Cristo es pedir por los méritos de Cristo; y pedir por los méritos de Cristo es pedir lo que Cristo nos mereció. Y bien: ¿pedimos lo que Cristo nos mereció, cuando pedimos cosas malas é ilícitas? ¿Pedimos lo que Cristo nos mereció, cuando pedimos bienes de fortuna, tal ó cual colocación, sin pensar si nos conviene para nuestra salvación?

El título de hijos de Dios y herederos de su gloria nos mereció Jesucristo. Eso es, pues, lo que debemos pedir: la gloria

eterna, los bienes imperecederos; y los bienes de esta tierra, en tanto podrán pedirse en la oración, en cuanto nos conduzcan á la vida eterna. *Que nuestro gozo sea completo*, eso es lo que Cristo Jesús nos dice en el Evangelio de hoy que debemos pedir al Eterno Padre; y como quiera que el corazón humano sea demasiado grande para que pueda quedar satisfecho con los bienes de esta tierra; como quiera que sólo en la posesión beatífica de Dios *estará completo nuestro gozo*, á Dios, y sólo á Dios, deberemos buscar en la oración.

Explicación de las Virtudes.

(Continuación).

Preparación. Para comenzar la meditación, después de buscar un lugar solitario; pues «para orar hemos de procurar estar á solas» (1), como lo hizo nuestro Señor disponiéndose á la muerte en el Huerto de las Olivas, y antes en el desierto; y siempre que oraba, «de rodillas, ó en pie, ó en cruz, ó postrado, ó sentado, si de otra manera no pudiere estar, hecha primero la señal de la cruz, recoja su imaginación y apartarla ha de todas las cosas de esta vida, y levantará su espíritu arriba, considerando que le mira nuestro Señor» (2).

Debemos, por consiguiente, ponernos con humildad en la presencia de Dios, del mismo modo que si no existieran más seres que el Señor y nosotros. Pensemos que Dios nos ve y que está dentro de nosotros mismos. «Mirad que dice San Agustín que le buscaba en muchas partes y que le vino á hallar en sí. ¿Pensáis que importa poco, para un alma derramada, entender esta verdad, y ver que no ha menester, para hablar con su Padre Eterno, ir al cielo, ni para regalarse con Él, ni ha menester hablar á voces? Por paso que hable, está tan cerca, que nos oirá; ni ha menester alas para ir á buscarle, sino ponerse en soledad y mirarle dentro de sí» (3).

Ya puestos en la presencia de Dios, ejercitémonos en un acto de adoración, poniendo á sus pies todos nuestros afectos y po-

(1) *Cam. de perf.*, c. 24, por Sta. Teresa.

(2) *De la oración y meditación*, por el P. Granada, c. II.

(3) *Cam. de perf.*, de Sta. Teresa de Jesús, cap. XXVIII.

tencias, y pidiendo fervorosamente perdón por nuestros pecados, y pidiendo también las gracias necesarias para hacer debidamente la meditación, por la intercesión de la Santísima Virgen, del Patriarca San José, de nuestros santos Patronos y de los ángeles y bienaventurados. Con estos actos de adoración y arrepentimiento, el alma se desliga de las cosas del mundo, y queda vacía para que pueda entrar en ella Dios; pues de lo contrario, es decir, si no desocupamos nuestra alma de lo que es mundano y oscuro, lo divino y luciente no se posarán en ella. «Hijo, *dice Jesucristo* (1): mi gracia es preciosa, no admite mezcla de cosas extrañas ni de consolaciones terrenas.

Conviene desviar todos los impedimentos de la gracia si deseas que se te infunda.

Busca lugar secreto para ti; desea estar á solas contigo; deja las conversaciones y ora devotamente á Dios, para que te dé compunción de corazón y pureza de conciencia.

Porque no podrás ocuparte en Mí, y juntamente deleitarte en lo transitorio».

Después de ponerse en la presencia de Dios y de pedirle las gracias que necesitamos, haremos la composición del lugar, la cual, si (2) «es de sujetos sensibles, consiste en imaginarse, como si estuviese presente en el mismo lugar, en que están sucediendo todos los hechos de la meditación; y cuando la meditación es de una cosa incorpórea é invisible, como, por ejemplo, de los pecados, podrá ser la composición del lugar, imaginándonos que vemos á nuestra alma encerrada en este cuerpo corruptible, como en una cárcel, y al hombre, como un desterrado en este valle de lágrimas y en compañía de los brutos: ó bastará traer á la memoria aquella virtud ó vicio que se haya de meditar».

Lectura. Después de hacer esta preparación viene la lectura del punto de meditación, si no está dispuesta y ordenada la doctrina, acerca de la cual meditaremos; pues cuando no necesitamos libro para meditar, conviene preparar antes la materia en nuestra mente con el orden que nos parezca más oportuno.

La lectura ha de ser breve, para dar todo el tiempo que podamos emplear á los actos del entendimiento y de la voluntad, potencias que han de intervenir poderosamente en este ejercicio;

(1) *Imitación de Cristo*, Libr. III, c. LIII.

(2) *Manual de meditaciones*, de Villacastin, Dial. 2.^o

pero será esta lectura muy sosegada, procurando nosotros fijar nuestra atención en sus pensamientos. Porque, si al leer vamos precipitadamente, ¿cómo recogeremos las impresiones que deben avivar al entendimiento y á la voluntad?

Mas puede suceder que nuestro espíritu se encuentre de tal manera que no podamos con nuestras fuerzas recibir con firmeza las ideas que en el libro se contienen; entonces, para hacer algo, iremos leyendo poco á poco, deteniéndonos, y moviendo nuestra voluntad con afectos breves, con exclamaciones tiernas y humildes. Pues de otro modo nos aburrirémos y perderémos la afición á meditar, y debemos evitar á todo trance todo lo que nos aparte de la oración, haciéndola molesta, principalmente en los principios. Muy provechoso es en estos casos considerar que no somos dignos de las mercedes del Señor, y decir con San Pedro: (1) *Apartaos de mí, Señor, que soy hombre pecador*, porque la humildad nuestra nos atraerá las bendiciones del cielo.

Cuando hayamos terminado la lectura, dejemos el libro, y meditemos.

(Continuará).



CUENTO

La oración de un ángel.

Como historia me lo contaron y lo refiero como historia, aunque lo titule cuento.

Era Angelito un niño, cual su nombre, angelical; una lágrima de la aurora, sostenida suavemente por el pétalo de olorosa flor, no es tan pura como su inocente sonrisa.

Cuenta once años, y con todo el afán de un corazón amante, va todas las tardes á la parroquia de X, donde otros jóvenes, que también deben ser angelicales, dirigidos por el párroco, preparan á un centenar de niños á la primera comunión.

Angelito saborea amargamente una pena grandísima, y en sus vigiliás y en sus descansos, y si estudia y si reza, siempre fija en su memoria bulle esta idea: «Mi papá, que es tan bueno, que quiere que yo lo sea, que para esté fin me inculca tanto el estudio

(1) Luc., V: 8.

del catecismo, ¿por qué él no practica lo que me recomienda? ¿Por qué tanto empeño en que yo haga fervorosamente mi primera comunión, y él no se confiesa y no puede, por tanto, gustar las místicas dulzuras del pan eucarístico?»

Había el niño varias veces rogado á su padre que se confesara, y no pudo conseguirlo ni con la fuerza de sus gemidos tristes, ni con el embriagante calor de sus ardientes besos, ni con la fuerte lazada de sus amantes abrazos.

Aquella tarde era la víspera de la primera comunión. ¡Qué alegres estaban todos los niños! ¡Qué satisfecho el señor cura! ¡Cuán expansivos los seminaristas instructores!

Sólo Angelito estaba triste, y más que siempre atento á los consejos que oía.

—Bien, dijo el párroco al despedirlos hasta mañana: No olvidéis mis encargos, sobre todo, que es tan bueno Jesús que indudablemente os concederá lo que le pidáis en la primera comunión.

—¡Que indudablemente me lo concederá? se dijo para si el angelical niño; probaremos.

Salió aquel enjambre de cabecitas rubias de la iglesia, cerró las pesadas puertas el sacristán, sonando estrepitosamente un manajo de llaves; llegó la noche, quedó todo en silencio, y el padre de Angelito no sosegaba: corría de un lado para otro, y en esta y en todas casas preguntaba y nadie razón sabía qué darle sobre su hijo.

Y llegó la rizada aurora á sembrar de luces las torres de la ciudad, y el afligido padre se encaminó como último recurso á la iglesia, que antes no quiso visitar, porque le aseguraron que ningún niño quedó en ella.

¿Qué había sido de Angelito?

Cuando todos salían se escondió en un confesonario, y dueña la soledad y el silencio del recinto sagrado, dejó su escondite y resuelto, animoso, con ilimitada confianza y amor hirviente como intrépido navegante que desafía la mar encolerizada, ó bien así cual aguerrido veterano que se arroja á las baías enemigas en busca de un jirón de gloria; ó mejor como un apóstol que á nadie teme cuando piensa en su Dios, parte presuroso á la capilla del Sagrario, guiado por el resplandor de la vacilante lámpara, se detiene un poco y... ¿qué hace?

De un salto sube al altar, y alzando el cenopeo del Taberná-

culo, da fuertemente uno, y dos, y tres golpes sobre la puerta del Sagrario, diciendo al propio tiempo.

—Jesús, Jesús, Jesús ¿estás ahí?

Y en el claustro recóndito se oyó como rozar de suaves alas y aroma de muchas flores, y muy cerca del niño una voz que decía:

—Sí, aquí estoy: ¿qué quieres?

—Que se confiese papá.

—Hoy mismo confesará.

—¡Gracias, Jesús mío, gracias!

.....

Se abren las puertas del templo, y pasos acelerados repercuten en la anchurosa nave; son del Sr. Cura y del padre de Angelito, que vienen en su busca.

Antes que el padre pueda articular palabra y lanzar un reproche de queja, cae á sus plantas de rodillas el niño, exclamando:

—«¡De rodillas, papá, de rodillas! Jesús me ha dicho que se confiese. Señor cura, confiéselo Ud. Dios lo manda».

El padre no pudo resistir á emoción tan grande y se postró, al tiempo que lleno de confusión y lágrimas, decía:

—«Felices los padres que tienen ángeles por hijos».



Liturgia.

Epifanía del Señor.

La fiesta de la Epifanía no es más que la continuación del misterio de Navidad; pero, á pesar de ello, aparece en el ciclo cristiano con una grandeza y majestad que le son propias. Su nombre, derivado del griego, quiere decir *manifestación*, é indica suficientemente que está destinada á honrar la aparición de un Dios en medio de los hombres.

Este día, en efecto, fué consagrado, por espacio de muchos siglos, á festejar el Nacimiento del Salvador; pero cuando, hacia el año 376, los decretos de la Santa Sede obligaron á todas las Iglesias á celebrar en lo sucesivo, como la de Roma, el misterio de la Natividad el día 25 de Diciembre, entonces se fijó en el día 6 de Enero, bajo el nombre de Epifanía, la conmemoración del Bautismo de Jesucristo, que, según la tradición, se verificó en este día.

La Iglesia griega da á esta fiesta el venerable y misterioso nombre de *Teofanía*, célebre en la antigüedad por significar una Aparición divina. Así aparece citado en Eusebio, San Gregorio Nazianceno, San Isidoro de Pelusa: y este es el título propio de la fiesta en los libros litúrgicos de las iglesias orientales.

Los orientales aun dan á dicha festividad el nombre de *luminarium*, que quiere decir fiesta de *las santas luces*, á causa del Bautismo solemne que, en otro tiempo, se confería en la noche de este día, en memoria del Bautismo de Jesucristo en el Jordán, y durante cuya ceremonia habia un gran número de cirios encendidos; pues sabido es que el Bautismo ha sido llamado por los Santos Padres *iluminación*, y los que le han recibido se les ha conocido con el nombre de *iluminados*.

Finalmente es conocida esta fiesta con la denominación de *Día de Reyes*, en memoria de los Magos, cuya venida á Belén, guiados por la estrella, se solemniza de una manera especial en este día.

La Epifanía, á semejanza de las festividades de Navidad, Pascua, Ascensión, y de Pentecostés, ha merecido los honores de ser calificada en el canon de la Misa con el hermoso nombre de *día santísimo*; aún más, forma parte esta festividad de las llamadas *fiestas cardinales*. Las otras dos festividades cardinales son la de Pascua y Pentecostés. Llámense cardinales dichas festividades, porque, girando sobre las mismas la economía toda del Año cristiano ó litúrgico, vienen á ser como los quicios ó goznes del mismo. Ellas, en efecto, marcan las tres principales series de Dominicas del ciclo litúrgico, á las que se conoce con el título de *Dominicas después de Epifanía*, *Dominicas después de Pascua* y *Dominicas después de Pentecostés*.

Las Dominicas después de Epifanía no siempre son en igual número: pues así como puede suceder que después de la festividad no ocurra nada más que una sola Dominica, pueden también contarse hasta seis. Depende su número de la fecha en que haya de celebrarse la Pascua, que, como saben nuestros lectores, cambia todos los años. El tiempo de Epifanía es, por lo tanto, variable. La mutabilidad, sin embargo, no puede oscilar sino en unos treinta y tres días más ó menos, según que la Pascua se celebre el 25 de Abril, que es la fecha más alta que puede caer, ó el 22 de Marzo, que es, por el contrario, la más baja. Por consiguiente, catorce días es lo menos que puede durar el tiempo de Epifanía, á saber: desde el 6 de Enero al 19 del mismo, día en que cae el Domingo de Septuagésima, cuando la Pascua es el 22 de Marzo; y lo más que puede durar son cuarenta y siete días, esto es: desde el 6 de Enero al 21 de Febrero, cuando la Septuagésima tiene lugar en esta última fecha por celebrarse la Resurrección del Señor al 25 de Abril.

El indicio más remoto que hace referencia á la fiesta de Epi-

fanía, nos lo suministra Clemente de Alejandría, quien dice que los Basilidianos celebraban el día del Nacimiento de Cristo por una fiesta precedida de su vigilia. En lo que no convenían era sobre la fecha; porque mientras unos fijaban esta fiesta en el día 10 de Enero, otros, en cambio, la celebraban el día 6; siendo imposible precisar cuándo fué adoptada esta costumbre por las iglesias ortodoxas del Oriente, aunque es lo cierto que, corriendo el siglo IV, la fiesta del 6 de Enero, ó sea la de la Epifanía, se guardaba en todo el Oriente. Igualmente era observada en los países de rito galicano, aunque en Roma todavía no había sido admitida. Según testimonio de Amiano Marcelino (1), el Emperador Juliano, aun cuando apóstata ya en el corazón, no atreviéndose á atacar de frente á la Iglesia por temor de perder el trono imperial á que aspiraba, pues ya le era hostil Constancio, no creyó oportuno, estando en Viena, en las Galias, el año 361, dejar de asistir á la Iglesia en el día de la Epifanía, y, en presencia de los fieles, rendir á Dios el tributo de su adoración, aun cuando ese tributo fuese en él un acto de hipocresía é impiedad. El Concilio de Zaragoza (380) también hace mención de este día como de una fiesta solemnísimá.

(Continuará).

Noticias generales.

El sábado, 12, hizo su entrada en Valencia el Excmo. señor D. Victoriano Guisasola y Menéndez, oficiando el Domingo de Pontifical en la fiesta de la Virgen de los Desamparados, Patrona de la ciudad levantina, y el Domingo, 13, á las cuatro de la tarde, hizo su solemne entrada en Madrid el nuevo Obispo, Excelentísimo Sr. D. José María Salvador Barrera.

Deseamos á ambos Prelados continúe el Señor favoreciéndoles con su gracia para que sus trabajos en las nuevas Diócesis produzcan tan abundantes frutos como en las que anteriormente han regido.

*** Una señorita holandesa, nacida y educada en el protestantismo, frecuentaba el año anterior en Roma la Escuela de Religión del Círculo de San Pedro, y sacó tanto fruto que volvió á su país con el firme propósito de abrazar la Religión Católica. El día de la Anunciación de Nuestra Señora tuvo lugar, en la Capilla de las Religiosas Reparadoras, la abjuración del protes-

(1) Hist., lib. XXI, 2.

tantismo de dicha joven ante el Rector de la expresada Escuela, siendo madrina de la convertida la señora D.^a María Sarto, hermana de Su Santidad Pío X. Al medio día fué recibida en audiencia privada por el Santo Padre, y la regaló un precioso recuerdo, después de haberla dirigido una carta autógrafa enfervorizándola para su conversión y concediéndola la Bendición Apostólica. Por la noche el Círculo de San Pedro le obsequió con una velada.

*** Se ha constituido en Agreda (Soria) una Sociedad de socorros mutuos del Clero y Caja de ahorros, cuyo objeto es auxiliar á los sacerdotes durante sus enfermedades y procurarles una renta vitalicia para la ancianidad.

*** El *Journal de la Grotte de Lourdes* publica en el número de 22 de Abril la serie de peregrinaciones nacionales y extranjeras que han anunciado su llegada á Lourdes durante el año de 1906. A contar únicamente desde Mayo en adelante, se sabe de fijo que son 30 las peregrinaciones que visitarán el célebre santuario. En los tres primeros meses del año se han celebrado en las iglesias del santuario 1.300 Misas y administrado 8.000 Comuniones.

Santorial.

Día 20, Domingo. Stos. Bernardino de Sena, cf.; Anastasio y Teodoro, ob. y cfs.; Stas. Plantina, matrona, y Basila, vg. y mr.

Día 21, lunes. Stos. Valente, ob. y mr.; Secundino, mr.; Nicotrato y Antíoco, mrs.; Sta. Aglaé.—*Letanias. Abstinencia de carne para los que no gozan el privilegio de la Bula.*

Día 22, martes. Stos. Marciano, ob. y cf.; Faustino, Timoteo, Emilio y Basilisco, mrs.; Stas. Quiteria y Julia, vgs. mrs., y Sta. Rita de Casia, vg.—*Letanias.*

Día 23, miércoles. La aparición de Santiago. Stos. Basile, Quinci-

niano, Lucio y Juliano, mrs.; Santa Humiliana, vg.—*Letanias. Abstinencia como el lunes.*

Día 24, jueves. LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR. Stos. Melecio, Rogaciano y Robustiano, mrs.; Stas. Afra, Susana y Marciana, mrs.

Día 25, viernes. Stos. Urbano, pp. y mr.; Gregorio VII y Bonifacio IV, pps. cfs.; Genadio, ob. y cf.; Sta. María Magdalena de Pazzi, vg.

Día 26, sábado. La invención del cuerpo de S. Ildefonso. Santos Eleuterio, pp. y mr.; Felipe Neri, cf.; Zacarías, ob. y mr.; Prisco, mr., y Sta. Fina, vg. y mr.